

## Diálogo con quien se deje animar

Pura López Colomé

### Poesía y traducción

Reto al (a la) más pintado(a) a traducir este título a cualquier lengua. En él o ella se hallará mi interlocutor ideal.

~ ~ ~

Será la Edad, serán las Circunstancias, será el Sereno. Últimamente he reflexionado mucho en torno al tema de la traducción poética, en busca ya, a estas alturas, de las tres o cuatro verdades que la constituyen. Mucho se ha escrito al respecto, sobre todo desde los claustros académicos, aunque también desde los artísticos. En lo particular, son estos los que me interesan, como me interesa la poesía en calidad de centro de mi, de la, vida, y no lo que se concluye acerca de ella, los intentos (más/menos afortunados) por asir lo inasible, por desenmascarar el secreto arrojándolo a escena, bajo la luz de un reflector, evidenciándolo cual mero acto de prestidigitación lingüística.

Tres textos me parecen esenciales. En primer lugar —y no por multitud ha perdido un gramo de vigencia—, “La tarea del traductor” de Walter Benjamin, que erróneamente se ha considerado dirigido a quienes traducen literatura en general, pues su verdad de fondo tiene que ver, en todo caso, con la poesía y la necesidad imperiosa de verterla a las “otras” lenguas del mundo, con tal de revertir su escondida pureza, no otra que la

del lenguaje mismo. Con razón tanta gente que dice dedicarse a la traducción no lo entiende. Qué bueno, más a mi favor. Se trata, como sabemos, de una aproximación filosófica, casi religiosa, venerante. En segundo, “El poeta como traductor”, de Charles Tomlinson, quien le llama a las cosas por su nombre y pone los puntos sobre las íes, desde la conciencia de quien ha luchado con el ángel. Y, en tercero, “Por qué importa la traducción”, novísimo libro de Edith Grossman, quien, si bien se ocupa *apenas* de la poesía en traducción en un pequeño y final apartado, sí esclarece algunos puntos clave y, sobre todo, ofrece ejemplos de lo que personalmente más admira, sin sentirse obligada a explicar por qué.

Curiosamente, las mejores realizaciones que en este campo se han dado durante los últimos tiempos en México, cumplen con lo más profundo que estos autores proponen como condición *sine qua non*. Con esto ocurre lo mismo que con la “Filosofía de la composición” de Edgar Allan Poe: no es posible crear siguiendo cada uno de sus pasos; en todo caso, después de haber escrito, uno debe ir al ensayo y comprobar si cuenta o no con lo que Poe sugiere. Así, lo que han logrado entrever Benjamin, Tomlinson o Grossman como elementos constitutivos de una buena traducción resultaría esquivo, inasible, abstracto, vaguísimo o francamente una especie de ideal inalcanzable en calidad de norma a seguir. En cambio, si recurrimos a ellos de regreso, comprobaremos las bondades, la maravilla o los descabros del poema a todo color.

Quienes nos hemos pasado la vida merodeando al más intenso, más cargado de energía, más complejo y económico ser de palabras — distinguiendo su presencia sólo a ratos y en contadas ocasiones—, precisamente por lo que revela, no nos conformamos, y seguimos a la espera de una aparición más: no nos

resignamos a no volverlo a ver. Creo que lo mismo funciona para cualquier actividad artística que se tome en serio. Dietrich Fischer-Dieskau, el octogenario barítono alemán (responsable de que la poesía no haya muerto del todo en alemán, gracias al ímpetu que dio al *Lied*), afirmó en una entrevista haberse pasado la vida merodeando el “Winterreise” de Schubert, habiéndolo grabado profesionalmente cincuenta y tantas veces. ¿Habrà logrado, finalmente, ver de frente a Schubert, distinguir en la negra superficie de esa córnea el brillo de un mar interior? La respuesta vendría de inmediato, al escuchar su última grabación: Schubert lo ha visto a él. Uno puede traducir, entonces, no merced a la prolongada inmersión en la poesía de un equis poeta, sino a la prolongada inmersión de ella en uno. Mucho —todo nuestro tiempo concedido tal vez— hay que acercarse a esos umbrales, sin embargo: vivir ahí, en realidad, para que los resultados no parezcan un mero alarde, rayano en lo temerario.

~ ~ ~

Filólogo de pro, si los hay; maestro de maestros; sabio con estilo propio, de la estirpe de don Alfonso Reyes; no simple acumulador de conocimientos, sino sobre todo *artista de la erudición*, Antonio Alatorre ha transitado por este camino de ida y vuelta por placer, he ahí su privilegio. Su ensayo introductorio a las *Flores de sonetos* es una de las lecturas más gratas y emocionantes que hay, porque no pretende lucirse y se luce; quiere hablar de las delicias del poema original, del poema en traducción y del poema que uno se apropia sin querer sólo mediante el disfrute de la lectura. Ya ubicado a sus anchas en ella, al lector se le llega a olvidar que lo que tiene delante fue escrito hace cuatro siglos; que

los conceptos de traducción, imitación y apropiación se combinaban armoniosamente, desdibujándose sus fronteras; que hubo sonetos cuyas traducciones fueron “forzadas” o “espontáneas”; en breve, que se trataba de que el poema *sonara*, que contara con un lenguaje eficaz. *Rara avis*, Alatorre da al buen entendedor una lección de abandono al fenómeno poético, sin tener que probar para ello que él mismo escribe o traduce poesía. Nos convence de que “se entiende de golpe, se goza de golpe”, y hasta después vendrá “el apetito de reflexión, de ahondamiento en las palabras”. Digo que es muy extraño, porque quien valora estas tareas, de uno u otro modo, desde una u otra orilla, lleva agua a su molino, defiende su propia labor como “la buena” (cosa de la que yo misma no quedaré exenta más adelante). Alatorre, no; él lo enseña a uno a ser liberal, abierto, a dejarse llevar: a no abrigar ni la menor duda de que la belleza brillará por su presencia.

Ciertamente, nuestra época, o al menos el siglo xx, comparte con el siglo xvi de Alatorre el eclecticismo, el deseo de que el poema “funcione”. Y así como los poemas más admirados en el Siglo de Oro eran los más traducidos, a Rilke, Pessoa, Valéry, T. S. Eliot, Pound o Williams se les ha recreado de las más diversas maneras, utilizando los más distintos criterios. Mi generación tuvo la enorme fortuna de contar con Octavio Paz como espíritu tutelar, quien a su vez había conocido a los Contemporáneos e interactuado con ellos (para muestra sólo hay que dirigirse al la poesía de Edna St. Vincent Milay, en versión de Gorostiza, o a la de Emily Dickinson, en versión de Ortiz de Montellano). Quería enriquecer de verdad nuestra literatura, ampliar sus horizontes, hacer avanzar a la tradición dotándola de lo que otras voces en otras latitudes, dueñas de otras visiones y muy otras virtudes formales, podían expresar. Las publicaciones que él animó siempre contaron con poemas de todo el mundo en espléndi

das versiones. En esos otros países —aquí al lado, por no ir más lejos— han tratado de hacer esto mismo desde siempre, como parte de una tradición flexible. Como muestra si acaso, doy un ejemplo vivido en carne propia.

Forrest Gander, poeta/traductor, traductor/poeta, tradujo, para mi increíble buena suerte, el poema “La muerte del beso”, oscilaciones en que pretendí, por medio de una prosa autobiográfica al otro lado del péndulo decididamente lírico, abundar en el *quid* de mi desarrollo poético. Llegado el momento de arrojarme por voluntad al pozo, hallando un espejo filológico —perteneciente a los Siglos de Oro— de lo que la poesía estaba revelando sobre mi vida mediante las palabras *dislate* y *deslate* (ingenua de mí, “nombrando” a la locura), descubrí que Corominas proponía un hallazgo de hallazgos en inglés: “a shooting off... a jest, a foolish speech”. Víctima del tiro con la palabra que todo lo cobra caro, me di cuenta de que me estaba vengando de mí misma, de alguna manera. Nada de esto sabía —ni tenía por qué intuir— Forrest Gander. Sin consultarme en lo más mínimo, hizo sus propias pesquisas. Y en vez de recurrir a equivalencias, intercambios de lo que está en inglés por español o viceversa, como ya lo había hecho en algún otro poema, o recrear echando mano de su “imaginación”, incluyó algo (en apariencia) totalmente nuevo —poniendo al descubierto, según George Steiner, “algo nuevo que ya estaba ahí”—, escondido en los rincones de una lectura profunda: “shooting off, or better, matter issuing from a wound”. Me tomó en serio, puso mi llaga a la vista. Sin recurrir a tragicómicos anecdóticos, leyó lo que verdaderamente había ocurrido y seguía ocurriendo, sin disfraces literarios o entrecomilladas burlas de uno mismo. El dolor me hizo respetarlo aún más como traductor y poeta. ¿Cómo se lo demostré?: no dije esta boca es mía. En silencio reconocí al traductor que

sabe lo que está haciendo, lo que significa escribir poesía, o que la poesía *se* escriba.

### *De autores devotos*

Si esta tarea se emprende en la juventud, uno piensa, en viaje de ida desde luego, quedar al cubierto tras el enorme escudo del original... El titubeante poeta en ciernes se llega a concebir como un ser “humilde”, “modesto”, que se hace a un lado en lo personal para que el autor del original brille fuera de su territorio lingüístico, aunque sea con algunas fallas. Vaya ingenuidad. El camino, por decir lo menos, está empedrado de paradojas. Por un lado, comenzar en la juventud implica subordinar al Ego con mayúsculas, poner en segundo lugar a la creación directa, no vigilar “la *propia* trayectoria”. El otro lado de esta moneda, sin embargo, muestra que si no se empieza joven, si no se pica piedra desde el principio, si no se usa la energía que entonces y sólo entonces sobra, si no se arriesga una y otra y otra y otra vez, pues las oportunidades de pulir y algún día contar con algo que valga la pena y comunique un mínimo placer estético se reducen o nulifican. Esto no significa que no haya genios capaces de traducir admirablemente poemas sueltos con buen gusto, tino, música y demás, sin desmedro alguno de su producción. O, cosa más rara todavía, que existan autores consagrados del todo a otros géneros, la novela o el cuento, digamos, que mediten acerca de la poesía y su traducción inteligente y sensiblemente, y no conformes con ello, nos regalen “El naufragio del Deutschland” de Gerard Manley Hopkins (hablo, claro, de Salvador Elizondo).

Pocos lectores saben y pocos traductores reconocen abriéndose de capa que lo que importa sobremanera es el dominio y

cultivo de la lengua madre, el amor por ella; los dilemas de la otra, desde la cual se traduce y resulta una especie de inspiración, se resuelven con estudio, búsquedas y buceos, indagando, investigando, preguntando. Pero si uno trastabilla en la que le es espontánea, sufrirá las consecuencias. Si ésta es robusta, sólida, nutrida, guiada por el faro de sus bondades íntimas y auténticas, el resultado será, pongamos por caso:

Ser o no ser, de eso se trata:  
Si para nuestro espíritu es más noble sufrir  
Las pedradas y dardos de la atroz fortuna  
O levantarse en armas contra un mar de aflicciones  
Y oponiéndose a ellas darles fin.  
Morir para dormir; no más; ¿y con dormirmos  
Decir que damos fin a la congoja  
Y a los mil choques naturales  
De que la carne es heredera?  
Es la consumación  
Que habría que anhelar devotamente.  
Morir para dormir. Dormir, soñar acaso;  
Sí, ahí está el tropiezo: que en ese sueño de la muerte  
Qué sueños puedan visitarnos  
Cuando ya hayamos desechado  
El tráfago mortal,  
Tiene que darnos que pensar.

Esto exclama *en español* alguien a quien hemos escuchado mal decir, de este y el otro lado del Atlántico, hasta el cansancio: ser o no ser: he ahí la cuestión/ he ahí el dilema, o lo que sea. Y por si fuera poco, continúa con la suma declaración de amistad:

Y benditos aquellos cuya sangre  
Y cuyo juicio tan bien se entrelazan,  
Que no son flauta para que los dedos

De la fortuna toquen el registro  
Que se le antoje. Dadme un hombre tal  
Que no sea esclavo de pasión alguna,  
Y yo lo llevaré  
En lo profundo de mi corazón,  
Sí, en el corazón del corazón,  
Como te llevo a ti.

Se trata, por supuesto, del *Hamlet* de Tomás Segovia, cercanísimo a la intención del Cisne. En una realización semejante tenemos la obligación de recordar y no desestimar, como ha dicho Edith Grossman, que “lo que leemos en una traducción es *obra* del traductor...” Sin verdades de Perogrullo, debe considerársele, disfrutársele, juzgársele y evaluársele con el mismo rasero que a sus demás artefactos literarios. Sí, cómo no... ¡Sí, cómo que no!

Tanto Tomás Segovia como Octavio Paz, casi de la misma generación, siempre nos recomendaron a quienes entonces éramos “los jóvenes” traducir para robustecer el estilo y no caer en las repeticiones y trampas de rigor; traducir para alimentar a nuestra literatura y a nuestro tiempo; traducir para empujar a lo nuestro al siguiente peldaño de su evolución introduciendo nuevas formas, liberadoras del anquilosamiento; traducir no sólo —ni en especial— lo que tuviera que ver con nuestros predicamentos, sino lo que representara desafíos lingüísticos. Cito una memorable ocasión.

En 1981, Homero Aridjis organizó un Festival Internacional de Poesía como no he visto igual, cuyos invitados de honor eran casi todos los invitados. Entre ellos se contaban Jorge Luis Borges, Günter Grass, Vasko Popa, Allen Ginsberg... Huelga decirlo, este último era nuestro campeón por muchos motivos. Al vernos a varios con la baba caída, dispuestos a lanzarnos de inmediato a traducir sus nuevos poemas, Tomás nos recomendó

ahí mismo (en Morelia, Michoacán): al que hay que traducir es a Heaney. Apenas y muy fragmentariamente para los propósitos del festival, lo acababan de empezar a verter al español Jaime García Terrés y Verónica Volkow. A todas luces, la poesía de Ginsberg resultaba mucho más accesible, tanto por sus temas como por su estilo. El tema principal de Heaney, una infancia muy irlandesa pero infancia al fin, estaba a nuestro alcance también; no obstante, al igual que la de otro irlandés, Gerard Manley Hopkins, está construida, como la música operística de Mozart, en concordancia absoluta de significado y sonido. Edificaciones de palabras son sus poemas, más que (o además de) exploraciones en los resortes del ser. Justo lo más difícil de traducir.

Quienes nacimos en la década de los cincuenta entendimos por entonces, sobre todo, que había que ser poeta para traducir (y en el fuero interno, ese asunto quedaba claro para quienes se dedicarían a la postre en cuerpo y alma a la poesía que, bien vista, ni siquiera literatura es). Salvo uno que otro solitario, muchos de nosotros gravitábamos en torno a las revistas de la época, las carreras de letras en la unam y la Ibero, los incipientes talleres de Bellas Artes, o maestros que nos animaban a publicar esto o aquello en suplementos o publicaciones periódicas, e incluso empujaban a algunos a crear sus propias revistas. Y, como dije antes, la generación de Octavio Paz, Ramón Xirau, Tomás Segovia, Jaime García Terrés, Ulalume González de León [por dar algunos ejemplos de quienes traducían], nos incitaron con el ejemplo: así llegamos a devorar las versiones de Ezra Pound, Elizabeth Bishop, W. B. Yeats, Baudelaire que estos autores ofrecían con gusto a las publicaciones jóvenes.

A partir de ese momento, supe lo que era la devoción de un autor por otro: al leer los *Veinte poemas* de William Carlos Williams, comprendí en serio que para mí sería “el Williams de

Paz”, y por qué para Keats no existe otro Homero que “el de Chapman”. Algo traducido así era suyo, punto. Más adelante he podido comprobar lo mismo con el *Beowulf* de Heaney, el *Infierno* de Pinsky... Y ya en la generación mexicana que siguió a la de Paz, en nuestro haber y para siempre contaríamos con el Rilke (de las *Elegías de Duino*) de Juan Carvajal, el Pessoa de Francisco Cervantes, la H. D. de Ulalume González de León, el Saint-John Perse de Elsa Cross, el T. S. Eliot (de los *Cuatro Cuartetos*) de José Emilio Pacheco...

Quizás por mi formación o mis obsesiones personales, en la adolescencia entré contacto con la famosísima versión de Sir Thomas Wyatt de un también famosísimo soneto de Petrarca (“Whoso List to Hunt”/ “Una candida cervia sopra l’erba”), gracias a la cual —sin desatender lo aceptado y permitido por la época en cuanto a modificaciones, etc.— la poesía en lengua inglesa había evolucionado de un modo impredecible. Como nada es casual en esta vida, por esas épocas leí las *Imitaciones* de Robert Lowell, su tan conocido alarde que, sin embargo, influyó en la modernidad literaria norteamericana. Se le ha criticado muchísimo —y con cierta razón— por aventurarse en la traducción —a la que no llama tal, protegiéndose— de poesía en lenguas que distaba de dominar o conocer bien. Según recuerdo, en un breve prólogo instruye al lector: tendrá que leer aquello como una secuencia, producida por *una voz* que corre como un río entre diversas personalidades (Baudelaire, Paternak, etc.). Auto-suficiente en su bárdica capacidad, Lowell no encarna lo que he llamado un autor devoto; sí define, sin embargo, esa condición indispensable para aproximarse a la tarea, la de ser poeta. Petrarca, en cambio, sí es digno de tomarse en cuenta en sus reflexiones sobre los gajes del oficio: la similitud en el trabajo del traductor no debe ser lo que un retrato o una estatua son al representado,

sino la de un hijo a un padre: una cierta sombra a flote en el rostro del niño, de pronto, de golpe y de manera inmediata, nos pondrá al padre delante. En otras palabras, por más afortunada que sea la traducción, no puede violar el original, hacer de su autoría algo imposible de reconocer (prácticamente el caso de las imitaciones de Lowell).

Los autores devotos de la generación de Paz y la de Pacheco son tan poetas como Lowell y tan respetuosos del original como sugiere Petrarca. En cuanto a mi generación, cómo no iba a ser una de poetas-traductores contando con semejantes maestros. He aquí algunos de sus representantes: Alberto Blanco y su Emily Dickinson, su Allen Ginsberg, su W. S. Merwin. David Huerta y su John Ashbery. Luis Cortés Bargalló y su Gary Snyder. José Luis Rivas y su Derek Walcott. Rafael Vargas y su Charles Simic. Marco Antonio Campos y su Georg Trakl. Verónica Volkow y su Elizabeth Bishop. Elisa Ramírez y su Anne Sexton, su Mark Strand. Pura López Colomé y su Seamus Heaney, su Robert Hass, su Philip Larkin. Fabio Morábito y su Eugenio Montale. Jorge Esquinca y su H. D., su Pierre Reverdy. Jeannette Clariond y su Charles Wright. Y mucho más joven, aunque de cierto modo parte de la misma generación, Tedi López Mills y su Gustav Sobin, su Anne Carson. La lista podría seguir y seguir, sobre todo si de poemas aislados se tratara. Los poetas que he mencionado se pueden constituir en un bloque distintivo por haber publicado libros completos de sus autores, tal como lo hizo Paz con Williams, con Basho, o Pacheco con *El cantar de los cantares* o Vladimir Holan. Y a esto me refiero al hablar *sangre devota*.

## *De la devoción al poema*

Varias de nuestras casas editoriales más sólidas han protagonizado la publicación de poesía en traducción, contra viento y marea, por el camino incluyente de las antologías desde los años ochenta. El Fondo de Cultura Económica cuenta en su catálogo con una extraña perla, el *Cuaderno de traducciones*, que incluye poesía originalmente escrita en latín, griego, inglés, francés, alemán, italiano, portugués, rumano, provenzal y ruso, para cuyas traducciones convocó a espléndidos poetas. También en esa década, Joaquín Mortiz y El Tucán de Virginia reunieron una muestra de la poesía de los invitados al Festival Internacional de Poesía organizado por Homero Aridjis. Esta última, animada por Victor Manuel Mendiola y Jennifer Clement, ha seguido publicando hasta ahora poemarios y antologías traducidos tanto de otras lenguas al español, como viceversa. Para saber cuántos libros de este tipo han sacado, casi habría que recurrir a su catálogo entero, que además ha contado con una de las mejores distribuciones imaginables en este país.

Eliot Weinberger, traductor de Paz al inglés y magnífico ensayista, comenzó la labor de la década de los noventa con una antología totalmente atípica: *Una antología de la poesía norteamericana desde 1950*, publicada en edición bilingüe por Ediciones del Equilibrista. Por principio de cuentas, él mismo, según sus propios gustos y criterios, y no con objeto de pasar a la posteridad al incluir a *tutti cuanti* y pagar aranceles al decoro político, eligió no sólo a los autores y su poemas representativos, sino también a los traductores, todos poetas, desde luego. En vez de conformar la típica antología de muchísimos autores con un solo poema, escogió muy bien a poetas sólidos e importantes, claros antecedentes de otros y no siempre presentes en antologías. Su

idea fue ofrecer suficientes poemas en cada caso y no tan conocidos, de modo que el lector tuviera una imagen congruente y nueva de la obra: treinta poetas (entre los que están, digamos, el inevitable Pound, lo mismo que alguien magnífico, aunque no tan socorrido, como William Bronk) y veinticuatro traductores (a excepción de Paz, casi todos pertenecientes a mi generación y la siguiente).

Al impulso de Eliot Weinberger siguió, en esta misma línea, el de la unam, precedido por la colección “Material de Lectura”, especie de fascículos casi regalados de selecciones de poesía de todo el mundo y sus correspondientes traducciones, de espléndido nivel y al alcance de cualquiera. Las nuevas antologías, a cargo de Difusión Cultural, serían bilingües. La universidad no podía dejar de ser incluyente, así que el director de Literatura, Hernán Lara Zavala, decidió dividir la historia de la poesía norteamericana en dos volúmenes, titulados *Más de dos siglos de poesía norteamericana i* y *ii*. El primero, que va de Anne Bradstreet, en el siglo xvii a Richard Wilbur, nacido en 1921, quedó a cargo de la maestra Eva Cruz, quien convocó a traductores académicos en su mayoría; el segundo, a cargo del poeta Alberto Blanco y dedicado a poetas del siglo xx, va de Robert Duncan a Gary Soto: a diferencia del volumen anterior, los traductores, en este caso, serían todos poetas. Cualquier lector se dará cuenta de que las realizaciones académicas, por un lado, y las decididamente poéticas, por otro, son bien distintas. A la literalidad y la investigación acuciosa, capaz de llenarlo todo de notas al pie de página aduciendo seriedad, yo prefiero la recreación. Cuestión de gustos, a ciertas alturas de la jugada. Cuestión, al fin y al cabo, de preferencias. Ocurre aquí y en China: en todas partes se topa uno con poemas reunidos de estas dos maneras. Lo ideal, en mi opinión, en el caso tan particular y delicado de la poesía,

es que un poeta tenga a cargo una empresa semejante. Baste ver *A Book of Luminous Things*, hecha por Czeslaw Milosz, *The School Bag*, hecha por Ted Hughes y Seamus Heaney... Si eso se traduce, la verdad no me imagino a estos poetas recurriendo a nadie que no lo fuera a su vez.

Tan se trató de impulsos distintos en las antologías de la unam, que el grupo académico que participó terminó constituyéndose como “Seminario Permanente de Traducción Literaria”, un afluente no ya de Difusión Cultural, sino de la Facultad de Filosofía y Letras. Sus miembros han seguido publicando antologías bilingües, en las que desde luego se incluye a poetas representativos del mundo anglosajón. Yo creo que ni siquiera vale la pena discutir, mucho menos polemizar al respecto, pues los principios rectores de la traducción con que su motor se mueve no podían ser más distintos que los míos: quienes se ocupan de esta tarea no son poetas, sino estudiosos, incluso eruditos, que realizan una muy digna labor de investigación interesante, punto. Por otro lado, Dana Gioia, presidente del National Endowment for the Arts en los Estados Unidos durante muchos años, no se cansó de promover el intercambio literario entre los dos países. Su criterio, siendo él mismo poeta, siempre tuvo más que ver con una actitud creativa lírica en las traducciones, y gracias al nexo establecido con él, se ataron cabos con su *Connecting Lines*, en dos tomos: Luis Cortés Bargalló y Forrest Gander llevaron un poco más lejos las relaciones poéticas, ahondaron más en este quehacer chisporroteante de la poesía y sus ecos, sus resonancias.

Una antología verdaderamente excéntrica apareció en el año 2000, bajo el sello de Trilce Ediciones (otra de las poquísimas casas editoriales que genuinamente se han interesado en la poesía): *La generación del Cordero: antología de la poesía actual*

*en las Islas Británicas*. Sus compiladores y traductores poseen la rara virtud de combinar labores, ser poetas y académicos, cosa que otorga a este libro un lugar especial: hay un deleite en sus versiones que trasciende el deseo de corrección, un placer en lo leído y descubierto en el trabajo de sus colegas que brinca las trancas, por el puro deseo de explorar su cultivo al otro lado. El engranaje poético de los antologados como tal resultó congruente, y en este caso sólo los editores se responsabilizaron por la calidad poética en español.

### ***El poeta y su trabajo***

Lugar aparte merecen todos los proyectos de Hugo Gola. Desde la primera serie de *El poeta y su trabajo*, libros de divulgación que reunían textos tradicionales y modernos de poetas y artistas absolutamente esenciales, apoyados por la Universidad Autónoma de Puebla a principios de los años ochenta, Gola siempre ha tenido en la mira el caleidoscopio perfecto: sobre todo, poesía (originales y/o traducciones antiguas de alto e inamovible nivel, o recientes de calidad parecida) y artes plásticas de todas las latitudes, acompañadas de prosa que reflexionara sobre estos quehaceres y entrevistas que los iluminaran, todo desde y hacia el mundo superior del arte. Al plantear así las cosas, se puede concluir que estas publicaciones son sólo para iniciados, para esa “élite”. Sí y no. No y sí. En un principio, podía reunir a Seferis, Wallace Stevens, Juan L. Ortiz, Augusto de Campos, Rilke y Matisse, y lograr que cualquiera se sintiera bien recibido, justo porque la calidad de lo ofrecido no expulsaba a nadie, convocaba a todos. El lenguaje al interior, si acaso, estaba dirigido al estudiante. Así, éste encontraba poesía traducida por Eduardo Milán

o José María Valverde, una pedida por el editor y otra extraída de una publicación española, daba igual: el chiste estaba en la armonía de lo elegido. Y hasta la fecha. No hay en estas publicaciones ningún desperdicio, lo cual habla del espíritu rector, su gusto impecable, sus tiros al blanco.

De esa casa de estudios, en los años noventa Hugo Gola pasó a otra, la Universidad Iberoamericana, cambiando el título a lo que ahí sería una revista con la intención deliberada de incluir una separata dedicada a las artes plásticas: *Poesía y Poética*. Sus ideas no cambiaron, avanzaron: más poesía contemporánea en lenguas poco accesibles, más homenajes de fondo (nada de vacías celebraciones), más buceos de vanguardia. A lo que nos fue acostumbrando de las lenguas principales de Occidente, básicamente el inglés, el francés, el italiano, el alemán, el portugués, digamos, ahora se añadía el espíritu siempre fresco de otra madurez poética:

### *Un caos*

Antes de partir  
desorden

papel objetos  
que vuelan

como si presintieran  
que pierden la ley de  
gravedad con la  
salida del señor  
Cogito

cuentas sin pagar deudas de  
honor sin saldar

poemas no escritos contratos  
sin futuro amoríos sin color  
cerveza sin tomar todo eso  
vuela en la cabeza del señor  
Cogito el desorden crece

qué pasará si no  
consigue controlar los  
elementos porque no se  
puede aplazar una y otra  
vez y así hasta el infinito  
el salir de vacaciones

así pues un día  
o una noche cuando todo  
termina el señor Cogito se  
recuesta cómodamente en el  
asiento del expreso cubriendo  
sus frías rodillas con una  
manta y llega a la conclusión  
de que todo seguirá adelante  
como antes de las vacaciones  
seguro peor que en vida del  
señor Cogito pero igual  
seguirá

Simplemente no resistí la oportunidad de citar al gran Zbigniew Herbert en lo que considero, sin saber polaco, una excelente traducción de Gerardo Beltrán, que antes yo había disfrutado y valorado en inglés, en la celebrada versión de Claire Cavanagh (me gusta más la de Beltrán, la verdad). Espero que un buen día —y pronto—, si es que no lo ha hecho ya, podamos hablar del “Herbert de Beltrán”.

De la delicadeza de *Poesía y Poética* hay ejemplos por todas partes, de traductores que he mencionado aquí y de muchos otros, de cuya trayectoria mi ignorancia no acusa recibo, pero cuyos logros proceden decididamente de la pluma de un poeta: “Las calles de tus miradas/ No se acaban/ Las golondrinas de tus pupilas/ No emigran hacia el sur/ De los álamos de tus pechos/ Las hojas no se caen/ En el cielo de tus palabras/ El sol no se pone”, dice, por ejemplo, el Vasko Popa (en serbio) de Dubravka Suznjevic (en español).

Quien busca una garantía de nivel sostenido, no tendría por qué ir más lejos: lo hallaría en cualquier publicación animada por Hugo Gola. Al terminarse su etapa en la Ibero, el antiguo nombre de Puebla volvió a girar instrucciones: manos a la obra. Para nuestra fortuna, *El poeta y su trabajo* ha seguido saliendo a la luz en este siglo xxi, de acuerdo con el tempo de las cuatro estaciones, pese la oscuridad reinante en todos los ámbitos. En el número de invierno del 2009, y como si Paul Celan no representara todo un desafío en alemán o hasta en francés, aparecen sus poemas rumanos, en traducción de Víctor Ivanovici:

### *Amatorio*

Cuando también para ti las noches comiencen al alba,  
nuestros fosforescentes ojos bajarán de las paredes como  
nueces sonoras,

y te pondrás con ellas a jugar, mientras por la ventana se  
desbordará una ola,  
nuestro único naufragio, suelo traslúcido a través del cual  
miraremos la habitación vacía debajo de la nuestra;  
tú con tus nueces la amueblarás, y yo tu cabellera  
a guisa de cortina colgaré en la ventana,  
vendrá alguno y por fin la alquilaremos  
y arriba volveremos para anegarnos en casa.

Desde la página contigua, el rumano lleno de zedillas y acentos circunflejos le hace guiños a la frustrada traductora del alemán de Celan que vive en mí, haciéndome cruzar *al otro lado*, poniéndome a la vista *en mi lengua amada* esa imagen del hijo que propone Petrarca y que, de golpe, me coloca al padre delante. Las revistas de Hugo Gola, publicadas sobre todo gracias a suscripciones e instituciones mexicanas de cultura, deberían *ya* transformarse en libros que las reunieran y ofrecieran a lectores sofisticados, es decir, amantes simples y sencillos de la poesía, esto que se llama arte y exigencia con mayúsculas.

### ***El más allá, el porvenir***

Convencida equivocadamente de que a muchos jóvenes poetas no les interesaba el arte de la traducción, el año pasado llegó a mis manos el número de junio-julio de 2009 de la revista *Tierra Adentro*. Aquí y abiertamente he de reconocer lo grato que me ha resultado toparme con muchachos nacidos en los setenta y ochenta, que traducen del japonés, del alemán, del portugués, y no sólo del inglés. Conmovida en serio, saludo lo que ha hecho Cristina Rascón con el poema de Shuntaro Tanikawa; Isami Romero con el de Misuzu Kaneko; Sergio Ugalde no con cualquier

poema de Bertolt Brecht, sino con uno de los que en lo personal más admiro:

**Balada de Marie Sanders, puta de los judíos** [frangmento]

Una mañana, temprano, a las nueve,  
Marie atraviesa la ciudad en camisa.

Lleva colgado  
del cuello un lebrero,  
rapada la cabeza.

La calle es un bramido, ella mira  
con frialdad.

La carne se enfurece en los arrabales.

*El pintamuros habla hoy en la noche.  
Santo Dios, si tuvieran oídos Sabrían  
lo que hacen con nosotros.*

Los jóvenes juegan un papel decisivo en todas las cosas, ésta no es la excepción. Sin embargo, también ese *por venir* seguirá teñido, inevitablemente, de los intentos de todos los autores devotos que mencioné al principio, muchos de los cuales continuaremos dando lata durante el pedacito que le falta al minuto por concluir, *éste*. Siempre y cuando mantengamos a Walter Benjamin en la mira: si transmitimos información, transmitimos lo inesencial; hay que ir en busca de otra cosa... el lenguaje puro, tal vez, que respeta lo inamovible de la lengua que creó el poema frente a lo móvil de la nuestra hoy, la que lo aloja haciendo gala de su calidad cambiante y, por tanto, continúa el proceso iniciado por el poeta original. Siempre y cuando se mantenga el vaivén que sugiere Felstiner (traductor de Celan, de Neruda): de ida en el *cómo*, de regreso en el *porqué*, echando a andar de nuevo la actividad del principio, y así dar forma al filo punzocortante de la comprensión. Siempre y cuando la unidad orgánica de sonido

y significado de la lengua en que el poema nació se desintegre en la anfitriona, se reconstruya y emerja como nueva (distinta) unidad orgánica. Siempre y cuando aceptemos que el esfuerzo original se haya dirigido a la lengua como tal, y el del traductor a sus aspectos contextuales específicos, pero en su lengua madre en su mejor estado. Siempre y cuando el traductor intercambie luces entre líneas. Dígase, si no, si la siguiente selección no cumple con todo lo anterior, y hasta le estorbaría nuestra curiosidad por el original.

~ ~ ~

Si tengo que encontrarme con los Ancestros Al cabo de  
una tierra de elegía Allí donde se pierde la palabra de los  
pozos Y la antigua crianza de las lunas La noche hará  
con nuestras sombras un solo ramillete

Reconciliaré la aguja y los sueños Y  
la mano con sus hábitos —Tendidos  
en sus leves cabezas Bajo un árbol  
imaginado por la vida

Si tengo que encontrar a los Ancestros Al  
cabo de una tierra de elegía Conduciendo a  
un niño de pesado sueño A orillas de los  
ríos sin tierras

(Georges Schehadé / José Luis Rivas)

El Dolor —es como el Vacío— No se  
puede saber Cuándo empezó —ni si  
hubo un día En que éste no existiera

Su Futuro es él mismo—  
Contiene su vasto Reino El  
Ayer —prendido para ver—  
Nuevas eras de Sufrimiento

(Emily Dickinson / Alberto Blanco)

### *Paisaje marino*

Este celeste paisaje marino con garzas blancas que se alzan como ángeles, volando tan alto como pueden y tan lejos como quieren, ladeándose en hileras e hileras de inmaculados reflejos; la región entera —desde la garza más alta hasta la ingrátida isla de los manglares llena de hojas verde brillante nítidamente ribeteadas de guano como iluminadas con plata, y abajo los sugestivos arcos góticos de las raíces de los manglares y la yerba color chícharo del fondo en donde ocasionalmente salta un pez como una flor salvaje en una ornamental salpicadura de rocío— (este dibujo de Rafael para un tapiz para un Papa) ciertamente parece el Cielo. Pero un faro esquelético allí alzado de blanca y negra sotana, que vive nervioso, piensa que sabe más. Piensa que el infierno ruge bajo sus pies de fierro, por eso es que el agua poco profunda es tan cálida, y sabe que el Cielo no es como esto. El Cielo no es como volar o nadar, pero tiene algo que ver con la negrura y una mirada poderosa y cuando oscurezca recordará algunas palabras pertinentes para decir al respecto.

(Elizabeth Bishop / Verónica Volkow)

*Joven sicomoro*

Tengo que decírtelo el  
tronco firme y liberal de  
este joven árbol entre el  
mojado

pavimento y la alcantarilla  
(glu-glu de agua que  
escurre) se yergue de  
cuerpo entero

en el aire de un solo  
salto ondulante y a la  
mitad de su altura

se aploma se dispersa  
hacia todos lados  
dividido en ramas más  
jóvenes

de las que cuelgan capullos  
y se adelgaza hasta que nada  
queda sino dos excéntricos  
anudados vástagos que se  
estiran y encorvan:  
medialuna en la punta

(William Carlos Williams / Octavio Paz)

### *Deslumbramiento*

el deslumbramiento, la seducción, el diseño  
intoxicado y trémulo, ¿flores?  
¿abejas? por qué gira esta  
semilla en todos lados.  
lo uno se divide, se divide una y otra  
vez. “todos sabemos a dónde lleva”  
cegadas tormentas de polen dorado.

—¿ir a tientas por ahí? el  
deslumbramiento y el barro  
azul.

“todo lo que se mueve canta” las raíces trabajan. y  
no se ven. (Gary Snyder / Luis Cortés Bargalló)

### *Segunda Oda: Pastoral*

escritas, las palabras son de  
cualquiera, de nadie. no le  
harías falta ya a los

florecentes  
árboles

frutales, lo que garabateaste,  
con barras blancas, a lo largo

de tanta muda partitura.  
en esa

tierra rota, sus cuerdas  
elevadas, no te

harías falta ni a ti mismo. (Gustaf Sobin / Tedi  
López Mills)

¿Por qué has venido a perturbar mi  
ocaso? Soy vieja (vieja fui hasta que  
llegaste);

la más roja de las rosas se despliega  
lo cual es irrisorio en esta época,  
este sitio:

es impropio, imposible (y aun  
ligeramente escandaloso), la más roja  
de las rosas se despliega;

(y eso nadie puede detenerlo, ninguna  
inmanente amenaza del aire, ni aun el  
mal tiempo

que estraga nuestra fruta del verano),  
la más roja de las rosas se despliega  
(tendrán que tomarlo en cuenta).

(H. D. / Ulalume González de León)

### *Cantos para la muerte*

1 cuando pase cerca de mí se dirá que la muerte  
fue estrangulada por el silencio se dirá que  
duerme cuando duermo

2 oh mano de la muerte alarga mi camino lo  
ignoto ha fascinado mi corazón oh mano de la  
muerte estíralo aún más así podré descubrir la  
esencia de lo imposible y ver el mundo a mi  
alrededor

(Alí Ahmad Saïd Esber / Jorge Esquinca)

### *Más allá de Dios*

En este mundo en el que olvidamos  
Somos sombras de quien somos, Y los  
gestos reales que tenemos En el otro  
donde cual almas vivimos Son aquel  
guiño y asomos.

Todo es nocturno y confuso De  
lo que de nuestro aquí hay.  
Proyecciones, humo difuso De  
lumbre que brilla, ocluso A la  
mirada que la vida da.

Pero uno y otro, un momento, Mirando  
bien, puede ver En las sombras su  
movimiento Como en el otro mundo es  
el intento Del gesto que lo hace vivir.

Y entonces encuentra el sentido De  
lo que así se está desgarrando, Y  
vuelve a su cuerpo ido, Imaginado  
y entendido La intuición de un  
mirar.

Sombra del cuerpo saudosa, Mentira  
que siente el lazo Que lo une a la  
maravillosa Verdad que la lanza,  
ansiosa, En el suelo del tiempo y del  
espacio.

(Fernando Pessoa / Francisco Cervantes)

### *Primera Elegía* [fragmento]

¿Quién, si yo gritara, me escucharía entre el coro de los  
ángeles? y suponiendo que uno de ellos me llevara de repente  
hacia su corazón, me fundiría con su poderoso existir. Pues lo  
bello no es sino el comienzo de lo terrible, lo que todavía  
soportamos, y si tanto lo admiramos es porque su serenidad  
desdeña destrozarnos. Todo ángel es terrible.

Por eso me contengo y sofoco el reclamo de un oscuro sollozo.  
¿A quién, ay, podríamos entonces recurrir? No a los ángeles, no a  
los hombres, y los astutos animales ya perciben que no estamos  
tan confiados en casa, en el mundo interpretado. Quizá nos queda  
un árbol en la colina para mirarlo a veces de nuevo; nos queda el  
camino de ayer y la mimada adhesión a una costumbre que se  
encontró contenta entre nosotros y ya no quiso irse. Y la noche,  
ah, la noche, cuando el viento cargado de universo se nutre en  
nuestro rostro, ¿para quién se quedaría ella, tan deseada,

apaciblemente desengañadora, ella, que para el solitario corazón es tan penosamente inminente? ¿Es más leve para los que aman? Ay, ellos sólo se ocultan uno al otro el destino.

¿*Todavía* no lo sabes? Arroja desde tus brazos el vacío hacia el espacio que respiramos, para que los pájaros quizá sientan el aire acrecentado con un vuelo más íntimo.

(Rainer Maria Rilke / Juan Carvajal)

### ***La gruta de las palabras***

El joven no entra impunemente con su luz  
en la gruta de las palabras...

Su audacia presiente apenas el lugar en donde se encuentra... Aunque ha sufrido, es joven y por serlo no sabe todavía qué es el dolor... Sabio antes de tiempo, se escapa sin haber entrado y pone como excusa la inmadurez de su época.

¡La gruta de las palabras! Tan sólo el poeta verdadero, y por su cuenta y riesgo, pierde en ella las alas delirando. Y con sus palabras pierde el modo de someterlas nuevamente a la gravedad sin menoscabo de la fuerza con que llama la tierra.

¡La gruta de las palabras! Sólo el poeta verdadero regresa de su silencio para encontrar en su vejez a un niño que llora porque el mundo lo dejó abandonado en el umbral.

(Vladimir Holan / José Emilio Pacheco)

## *Allá abajo*

La tierra será vigilada  
desde plataformas astrales

Serán más o menos probables  
allá abajo las carnicerías

Desaparecerán profetas y profecías si  
alguna vez los hubo

Desaparecidos el yo el tú el nosotros el ustedes  
del uso

Decir nacimiento muerte inicio fin  
será todo uno.

Decir ayer mañana  
un abuso

Esperar —flatus vocis que no entiende  
nadie

El Creador tendrá poco que hacer si  
tuvo

Los santos habrá que buscarlos luego  
entre los perros.

Los ángeles quedarán como erratas  
incancelables.

(Eugenio Montale / Ernesto Hernández Busto)

Y, para terminar, doy una versión de un poema extraordinario de Nueva Zelanda, que habla de todo; entre otras cosas, de la relación poeta-traductor, traductor-poeta:

Doblabamos sábanas tú y yo,  
Avanzando uno hacia el otro  
Desde Laponia, desde Birmania,

Desde la India, donde las sábanas se lavan En  
el río y se golpean sobre las piedras: Juntos  
haremos coincidir las cuatro esquinas.

Desde la China, donde las mujeres lavan Sus pálidas telas a  
ambas márgenes del río, En los Vados de las Piedras  
Blancas “bajo la luz de luna”.

Frente a frente, como en los pasos de rigor de un baile,  
Doblabamos sábanas los dos, que habremos puesto al aire, Al  
viento, bajo el sol sobre los matorrales o junto al fuego.

Estirar y jalar. Un lado, luego el otro. Me  
toca a mí. Después, a ti. Y a buen recaudo,  
hasta que se necesiten.

A todo aquel que se recueste en una cama, este deseo: Tela suave,  
algodón fresco, la fragancia y el revuelo de las plantas, Y el aroma  
sutil —mas perceptible— del agua dulce, clara.

(Rosemary Dobson / Pura López Colomé)